ORTEGA Y GASSET Y LA VÖLKERPSYCHOLOGIE

ANIANO PEÑA Mary Washington College, Virginia

En el declinar del siglo XIX español dos movimientos ideológicos siguen una trayectoria análoga: el krausismo y la Völkerpsychologie alemana: «etnopsicología», «psicología colectiva», «psicología comparada», «psicología de los pueblos», según las distintas acepciones. Ni el filósofo Christian Krause (1781-1899) ni los dióscuros de la lingüística alemana Heyman Steinthal (1823-1899) y Moritz Lazarus (1824-1903) fueron estrellas de primera magnitud en la Alemania de la ciencia, pero propagadas sus ideas en España, encuentran por razones histórico-culturales, un ambiente receptivo y causan en nuestros escritores un impacto digno de valorar. Se trata de dos aberturas en esos Pirineos macizos bajo el imperante proyecto nacional de «europeización». Una tercera abertura, algo más tardía, pero igualmente significativa, sería Ortega con su cargazón de cultura neokantiana.

Históricamente España era un campo abonado para las ideas de la psicología de los pueblos. Se hacía imperante encontrar una respuesta intelectualmente satisfactoria a innumerables interrogantes sobre el pasado, presente y futuro nacional. La decadencia histórica, en todas sus manifestaciones, especialmente en el terreno de la ciencia, era una espina clavada en la conciencia patria de muchos intelectuales. Finalmente la pérdida militar del así llamado «desastre del 98» vino a recrudecer la herida del pesimismo nacional y a exigir un análisis del alma colectiva, una psicología del pueblo español. Los postulados de la Völkerpsychologie ofrecían, pues, los métodos a seguir en la búsqueda de causas históricas y de valores esenciales en el programa de una regeneración nacional.

Entre los escritores españoles de esta época abundan referencias tanto a este movimiento socio-psicológico como a sus representantes allende las fronteras. Ya en su conferencia «Espíritu de la raza vasca» (1887) documenta Unamuno: «La psicología como ciencia data de este siglo. Las ciencias naturales, absor-

biéndola, la han hecho progresar. De hoy son la psicología del niño, la del loco, la del criminal y el idiota, la de los animales, la del salvaje, y, finalmente, la de los pueblos» (IV, 154). Y recuerda el nombre de sus fundadores: Steinthal, Lazarus, Waitz..., quienes han inaugurado en Alemania la psicología de los pueblos en cuya escuela se están realizando curiosísimos estudios de psicología comparada. En Inglaterra tenemos a John Lubbock y a Taylor; Gobinean, Roger y Taine siguen las mismas corrientes en Francia. Ya en su tesis doctoral «Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca» (1884) refleja Unamuno un primer influjo de la Völkerpsychologie. Y en el prólogo a En torno al casticismo (1895) señala el gran impacto que esta psicología colectiva ha causado en España, y destaca unos títulos de una abundante literatura sobre el alma de nuestro pueblo. Años más tarde, en Genio de España (1932), Giménez Caballero, al tratar de completar otra lista publicada por Menéndez Pelayo en su cuarta edición de La ciencia española (1876), no sólo incluye esta biografía de Unamuno, sino que notablemente la amplía a unos cincuenta y cuatro autores de los siglos XIX y XX, responsables de lo que él irónicamente llama «biblioteca farmacológica de recetas arbitristas sobre la enferma España».³

El gran erudito Menéndez Pelayo no podía ser ajeno a los avances de esta «ciencia novísima», como él llama. En Historia de las ideas estéticas en España (1882-1891) alude a los orígenes y desarrollo de esta psicología colectiva y a las distintas obras de sus representantes: Herbart, Waitz, Steinthal, Lazarus, y a la revista Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft, editada desde 1851 como órgano de la «nueva ciencia» y «consagrada a la psicología de las razas y a las leyes fisiológicas del lenguaje, a todo lo que parece emanar del espíritu colectivo de los pueblos, llamado por Lazarus y Steinthal Volksgeist (322). Idénticas alusiones a este movimiento encontramos en Estudios y discursos de crítica histórica y literaria (1884-1908).⁴

- 1. Aquí Unamuno parece estar aludiendo a la obra de Rafael SALILLAS, particularmente a su libro *Hampa*, de 1898.
- 2. Éstos son algunos de los títulos mencionados: Idearium español de GANIVET, El problema nacional de MACÍAS PICAVEA, La moral de la derrota, de MOROTE, El alma castellana de AZORÍN, Hampa de SALILLAS, Hacia otra España de MAEZTU, Psicología de pueblo español de ALTIMIRA (I, 775).
- 3. La biografía de Giménez Caballero se encuentra en las páginas 78-79 de su citada obra. Cierra la lista España invertebrada de ORTEGA, ensayo que cataloga como el más agónico, pesimista y fatídico que se ha escrito sobre España, pues fatalismo atroz es negar la resurrección posible de la patria por no poseer el ingrediente racial necesario, es decir, el blondo vitalismo germano. Obviamente, estos ataques de Giménez Caballero contra este Ortega liberal, parten de posiciones defensivas de la España oficial que él pretendía representar, facción casticista constantemente atacada en la visión de España de Américo Castro.
- 4. La extensión y ramificaciones de este movimiento fueron considerables. Su impacto no se limitó a la sociología, sino que abarcó otros muchos aspectos de nuestra cultura, hasta el punto que es virtualmente imposible un estudio y comprensión global de la generación del 98 y coetáneos sin un capítulo sobre la psicología de los pueblos.

La Völkerpsychologie, al nacer ya traía consigo una enfermedad mortal. Usando la expresión de Ortega: «En su carrera del tiempo llevaba clavada en sus entrañas la saeta fatal» (I, 166). Por eso su vida tenía que ser necesariamente corta. ¿Causas? Las limitaciones que entrañaba el movimiento, la vaguedad de sus postulados y conceptos, así como el relativismo de la psicología de entonces como ciencia social, puntos desvelados y atacados en los primeros escritos de Ortega.

Desde que Augusto Compte lanzó por primera vez el neologismo sociologie o «física social», como parte complementaria de la filosofía natural que se refería al estudio positivo de todas las leyes fundamentales relativas a los fenómenos sociales, esta ciencia ha seguido una serie de trayectorias diversas según el concepto que cada sociólogo se haya formado de la colectividad y según el carácter y métodos a seguir.

Los primeros sociólogos, basados en el positivismo de las ciencias naturales, hacen de la sociología una mecánica o física social. Otros tienden hacia una concepción más biológica. Pero ha sido la Völkerpsychologie la iniciadora de la dirección filosófica de la sociología. Fueron los herbartianos Steinthal y Lazarus quienes primero destinaron esta nueva ciencia neue Wissenschaft) a dar una explicación científica del desarrollo de los hechos histórico-sociales. La concepción de la psicología de los pueblos partía de la creencia en entidades colectivas con espíritu propio, llamado Volksgeist por sus fundadores. Y Menéndez Pelavo atribuve a Herbart el haber iniciado el concepto de una psicología no individual sino colectiva: «Herbart comprendió que era posible una psicología de los pueblos, una psicología étnica» (Historia de las ideas..., III, 319). Así pues, iniciado por su profesor Griepenkle en la historiografía herbartiana, Lazarus ve la necesidad de transformar el concepto tradicional de historia, va que en la explicación de los hechos históricos y en la búsqueda de sus leyes funcionales, se hace necesaria una psicología comparada que nos dé auténticas biografías nacionales. Y aboga por psicologías colectivas que ilustren la biografía de los pueblos. La razón la encuentra Ortega en aquellas palabras de Simmel: «Sólo es real la sociedad; el individuo es un fantasma como el átomo» (I. 93). Entre esas colectividades que pueden influir en el individuo está el «pueblo» (Volk), objeto de esta nueva ciencia. De ahí el germanismo Völkerpsychologie. Pueblo es un conjunto solidario de individuos con una conciencia colectiva, la conciencia que tiene el todo de sí mismo (das Selbstbewusstsein des Ganzen), cuya influencia en la historia es a través del alma y espíritu nacional.⁵

^{5.} ORTEGA nos da la siguiente definición de «pueblo» desde su perspectiva vitalista: «los pueblos son modos de existir radicalmente distintos...; existencias de estilos vitales diferentes» (IV, 380).

La vaguedad e imprecisión de postulados y conceptos, como esta noción de «pueblo», y sobre todo esa existencia tan problemática de espíritus colectivos, de almas nacionales, etéreas e impalpables, levantó una rigurosa crítica en contra, considerando esta idea como una hipóstasis mítica sin resistencia a un ensayo serio. Críticos como Tarde, la calificarán de «peregrina concepción», «postulado enorme», «noción fantástica». Para Andler y Bernès se trata de una «nueva mitología», y para Fouillée, de una «pura metafísica». Se acentúa ahora la libertad individual frente a las fuerzas sociales, la importancia de genios individuales creadores de minorías selectas (Ortega) rectoras frente a la sociedad circundante (Wundt).

Ya en 1911 escribía Ortega a propósito del programa de Costa, saturado, según él, de atmósfera historicista: «Costa, el símbolo del pensador romántico... conjura sobre la ancha tierra patria el espíritu popular, el Volksgeist que pensaron Schelling y Hegel, el alma de la raza sumida en un sopor cuatro veces milenario. Y claro está, no acudió, porque el espíritu popular no existe más que en los libros de una filosofía superada, puesto que fuera alguna vez bien entendido» (I, 169). Ante la decadencia histórica de España, el arbitrio de mejora, la reconstitución, no será para Ortega una vuelta a la espontaneidad étnica, es decir al espíritu o alma nacional, ya que esto sería «un paso hacia atrás», sino a la europeización, «un paso hacia adelante» (I, 165).

A su regreso de Marburgo, el joven Ortega emprende una campaña por la cultura, que sería el golpe mortal de lo que él llamaba «caprichosas y presuntas psicologías de los pueblos» (I. 165), es decir, la Völkerpsychologie. Cultura, en sentido neokantiano, implica una triple dimensión: Ciencia, ética y estética. Ante el libro de Menéndez Pelayo, de título tan ambicioso, Ortega se enfrenta con el problema de la ciencia española. Frente a la ciencia europea, representada por Alemania —ciencia universal, clásica—, la ciencia española peca de casticista, bárbara, mística, romántica, monolítica, sinergia. De ahí que le diga al hermano Cendoya: «Hay que domeñar dentro de nosotros la bestia romántica (el gorila) para que progrese en nosotros la realidad del hombre clásico» (I, 75). «El problema español es un problema educativo», escribirá en 1908, de ciencias superiores (física, matemáticas, filosofía), de alta cultura. Y el «verdadero nacionalismo (o patriotismo), en lugar de aferrarse a lo espontáneo y castizo, procurará nacionalizar lo europeo» (I, 84).

La solución al problema patrio es Europa, pero Europa no es una expresión geográfica para Ortega. Europa es ciencia. Y proclama la necesidad de iniciar un programa de «europeización», palabra respetada y fecunda, la más acertada para formular el problema español. Ya se había venido hablando de europeización en otros programas reformistas como el de Costa, Unamuno, Maeztu y otros de la generación. Para éstos, contaminados de los postulados de la psicología de los pueblos, «europeización» era sinónimo de «espíritu europeo», no así para Ortega. Europa y europeización, para nuestro pensador, son simplemen-

te «ciencia». Y se pregunta: «¿Ha habido de 1898 acá, programa alguno que considere la ciencia como la labor central de donde únicamente puede salir esta nueva España?»)I, 102).

Un aspecto imprescindible de la psicología de los pueblos es la Sociogeografía. que se basa en el postulado de que el medio naturalista, el ambiente geográfico, el territorio (Ganivet), son la causa principal de las evoluciones histórico-sociales, de los productos culturales, explicativa de las características y peculiaridades de los pueblos. Ya Spencer incluía el clima, la superficie terrestre y la flora y fauna entre los factores extrínsecos de los fenómenos sociales. Para Ratzel, la historia tiene un marcado carácter telúrico debido al influio de la naturaleza, del mar en particular. Estas falacias pseudocientíficas han conducido, según Ortega, a las más peregrinas conclusiones. La misma idea naturalista del milieu de Taine llevó al historiador Buckle a explicar la inspiración metafísica de los indios por el enorme consumo de arroz que hacen, y atribuye la ineptitud científica de los españoles a la influencia perniciosa de terremotos y volcanes frecuentes, según él, en la península. Todo esto es para Ortega «una enorme patochada» (I, 413). Y «el ridículo salta a la vista», comenta, «cuando se lee... en el libro de Hammon, que el cráneo del homo alpinus. es decir del honrado suizo, produce una enorme capacidad tributaria y una gran afición a montar en bicicleta» (I, 43).

En España abundan igualmente extremistas del medio y de la teoría psicofisiológica. Los propagandistas de la frase «África comienza en los Pirineos». ven en nuestro sol canicular que seca los intelectos, la causa de nuestra falta de ciencia. Otros culpan la abundancia de escolásticos al clima peninsular, que invita a las sutilezas. R. Salillas sostiene la tesis de que la «variedad de destemplanzas produce la diferencia de ingenios» (84), va que esos altibajos climatológicos producen todo: locuras, desvíos, crímenes. Y considera a Cervantes y a su hijastro don Quijote como dos casos evidentes del influjo del medio. Azorín, por su parte, atribuirá el enloquecimiento del Loco de la Triste Figura al ambiente manchego, ambiente de tristeza, soledad, inacción, «Decidme», escribe en La ruta... « no comprendéis en estas tierras los ensueños, los desvíos, las imaginaciones destacadas del gran loco?» (126). En su libro Hampa, Salillas nos ofrece un estudio de psicología nacional basado igualmente en el medio. La pobreza del suelo hispano es la causa de muchas lacras nacionales: la picaresca, el espíritu andariego u trashumante, el nomadismo... Y en sus páginas constantemente habla de «psicología picaresca, gitanesca y ladronesca», por la penuria patria. El comentario de Unamuno a dicho libro subraya la tesis de la influencia del medio: «Salillas, en su Hampa, traza la etiología del picarismo arrancando de la pobreza de nuestro suelo, que, dando mezquina base al sustento, obliga a la vagabundez» (I, 777).6

^{6.} La pobreza del suelo es causa de otros fenómenos culturales de la Península, para don Miguel, entre otros, la trashumancia de pastores, el etemo conflicto bélico entre pastores y labradores

La crítica de Ortega a este respecto es una ironía constante contra el flanco pseudocientífico de estos presupuestos de la psicología colectiva. Ante esa división geográfico-cultural de pathos del Norte (germanismo) y pathos del Sur (mediterranismo), comenta: «Nos enorgullecemos de ser una raza del Sur... Sólo deseo que el Sur signifique algo más que una situación geográfica... Sólo deseo que el Sur signifique una forma de cultura» (I, 500). Y da la razón a renglón seguido: «El pathos del Norte, sin esa analogía física y fisiológica con la Hélade se halla más cerca de la Grecia clásica que el pathos meridional».

Pero toda la campaña orteguiana contra la psicología fisiológica culmina en su ensayo «Temas de viaje», de 1922, al contraponer el doloroso dramatismo del paisaje castellano -- árido y seco--- con el francés --- blando, voluptuoso, botánicamente vestido. Y cuando hacemos ese viaje de Madrid a París, ambos paisajes entran en trágica colisión, despertando el eterno conflicto geográfico, hasta el punto que esta aridez climatológica constituye como una fatalidad inexorable sobrepuesta a nuestra historia. Por décadas, comenta Ortega apuntando claramente a los patrocinadores de la Völkerpsychologie, varias generaciones sucesivas se han obstinado en hacer de la historia una física, creyendo encontrar la causa de los hechos humanos fuera del hombre, es decir, en el contorno físico, en el estado geológico y el clima ambiente. Pero «a mi juicio», escribe nuestro pensador, «la interpretación geográfica de la historia... carece de valor científico» (II, 369). Y culpa a Montesquieu de haber lanzado esas ideas irresponsables que muchos han adoptado como dogmas íntimos. Así, al rodar por Castilla y Francia, esos soberanos vocablos de ¡Helion, Melion, Tetragrámmaton! («medio», «clima», «factor geográfico») obran en nosotros —paradójicamente «hombres de ciencia»— un efecto mágico. «Creemos habernos explicado la desventura española» (II, 371). Pero, concluye: «Lo mismo que ni un solo fenómeno psíquico resulta explicado fisiológicamente..., la aridez climatológica de la Península no justifica la historia de España. Las condiciones geográficas son una fatalidad en el sentido clásico de fata ducunt, non trahunt: la fatalidad dirige, no arrastra» (II, 370-371). La única influencia del medio es como simple excitante externo, y nuestros actos no han de ser fatal efecto del medio, sino libre respuesta, reacción autónoma. Por eso «la geografía no arrastra a la historia: solamente la incita. La tierra árida que nos rodea no es una fatalidad sobre nosotros, sino un problema ante nosotros... Si Castilla es dramáticamente árida es por ser dramáticamente ári-

⁽Caín y Abel), entre agricultura y zootecnia (se está refiriendo a la Mesta), es de importancia básica para explicar nuestra historia interna (e íntima). Entre otros extremistas del medio tenemos a J. Rodríguez Carracido, J. María Salaverría y José Bergua. Así comienza este último capítulo sobre la influencia del territorio: «Las cualidades psicológicas están íntimamente unidas a las características étnicas de cada región... España es quizá el país de Europa en que más ha influido el suelo en la vida colectiva de su pueblo» (18).

da la raza castellana, que ha aceptado esa sequía ambiente por sentirla afín con la estepa árida de su alma» (II, 3739. Así, contra la causalidad de un Taine y de la psicología de los pueblos, Ortega sostiene la tesis de que el hombre, como agente histórico, libremente «determina», no es esencialmente «determinado». Y cuando el cariz geográfico es tan adverso a los deseos de una raza fuerte y sana, que hace del todo imposible una transformación, se produce en la historia el curioso fenómeno de la trashumancia, de la emigración, un afán peregrino hacia una «tierra de promisión».

Si de aquí pasamos a la nueva historiografía orteguiana, con la incorporación de vida como realidad radical, que va Dilthey había iniciado, yemos un paso más en su campaña contra la etnopsicología. Historia es ahora ciencia sistemática de esa realidad radical, y la vida humana es cambio, evolución. futurismo, una permanente metamorfosis. Contra las filosofías superadas, con una concepción estática del hombre dotado de naturaleza, de un modo de ser definitivo, permanente e inmutable. Ortega afirma categóricamente: el hombre «no tiene naturaleza, sino que tiene,.. historia» (VI. 41). Es falso hablar de naturaleza humana porque si el hombre fuese solamente naturaleza y no tuviese historia, sería un ser invariable, constituido para la eternidad, una momia arquetípica. A diferencia del tigre que estrena siempre el ser tigre, el hombre no es un primer y eterno Adán, es un potencial de progreso y desarrollo vivencial. Su pasado no es algo hecho que quedó inerte allá en su fecha, sino una fuerza viva v actuante que sostiene nuestro hoy. El pasado es mi vida proyectada hacia un fieri, hacia una futurición, porque la vida es eso, devenir, gerundio, no participio. un faciendum, no un factum. De ahí que sea ocioso el hablar de almas, espíritus, naturaleza, características exclusivas y permanentes de los pueblos.

La tan controvertida historiografía de Américo Castro y su aplicación a España, está basada en esta concepción dinámica de la historia y en la incorporación de la totalidad básica y omniabarcante de la vida a la historia. Sus conceptos de «morada vital» y «vivídura» le colocan en la órbita de Ortega, superando los postulados de la psicología de los pueblos. Contra posibles objeciones, insiste don Américo: «Mi noción de morada vital me interesa por su dimensión axiológica, no por esquematismos psicológicos o sociológicos» (113). Y más adelante: «La idea de la morada vital es distinta de la noción estática de "carácter nacional", un esquema abstracto e inmóvil que no tiene en cuenta cómo la persona vive las posibilidades y deficiencias de sus inclinaciones diferentes y de sus circunstancias». «El "carácter nacional" (objeto de la Völkerpsychologie) no incluye el proceso del conflicto dialéctico inherente a todo hacer de vida, sea éste individual o colectivo. Mi idea de la "morada vital" nada tiene que ver con

^{7.} ORTEGA define la emigración como «la inaceptación del paisaje» (I, 373).

^{8.} Para una explicación más extensa de estos temas, ver el capítulo III de Aniano PEÑA, Américo Castro y su visión de España y de Cervantes, Madrid, Gredos, 1975, pp. 91-119.